

ALFAGUARA

Título original: KOMM, WIR FINDEN EINEN SCHATZ
© Del texto: 1979, Beltz Verlag, Weinheim und Basel
1985, Ediciones Alfaguara, S.A.
1988, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Traducción de Ana Pérez

© De esta edición:
2009, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

ISBN: 956-239-107-8
Impreso en Chile / Printed in Chile
Primera edición en Chile: marzo 1997
Décimocuarta edición en Chile: octubre 2009

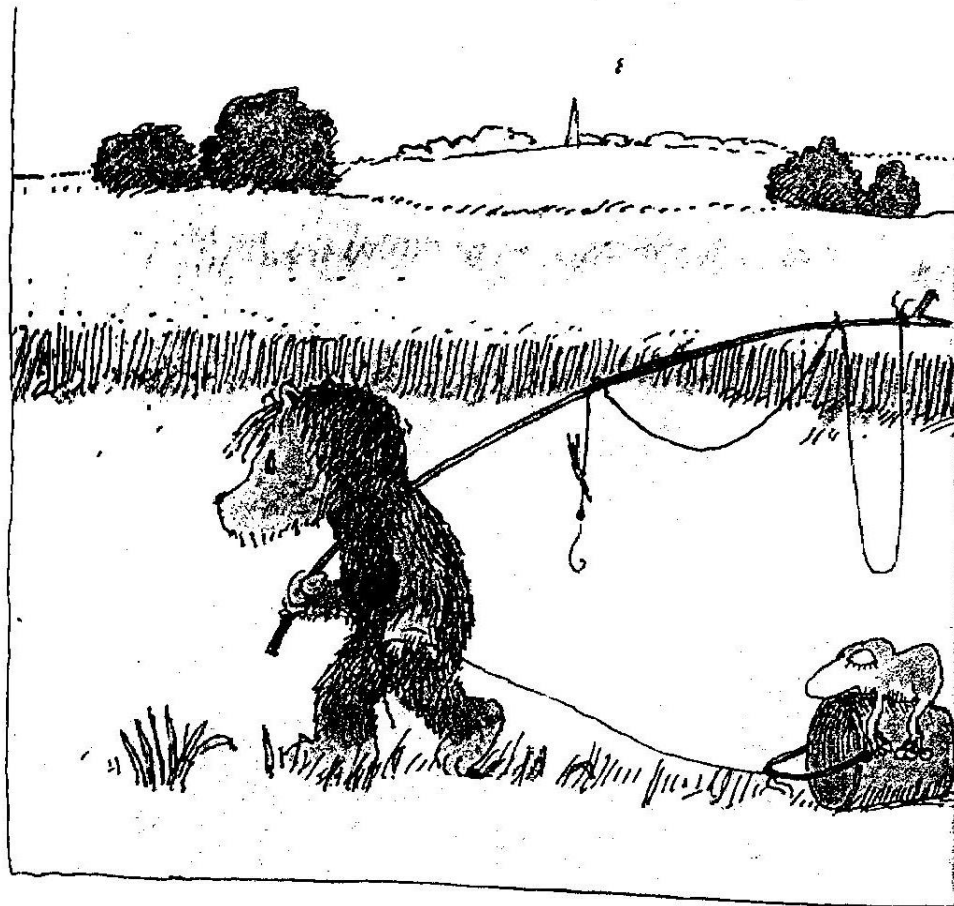
Diseño de colección:
Mannel Estrada

Una editorial del grupo Santillana con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

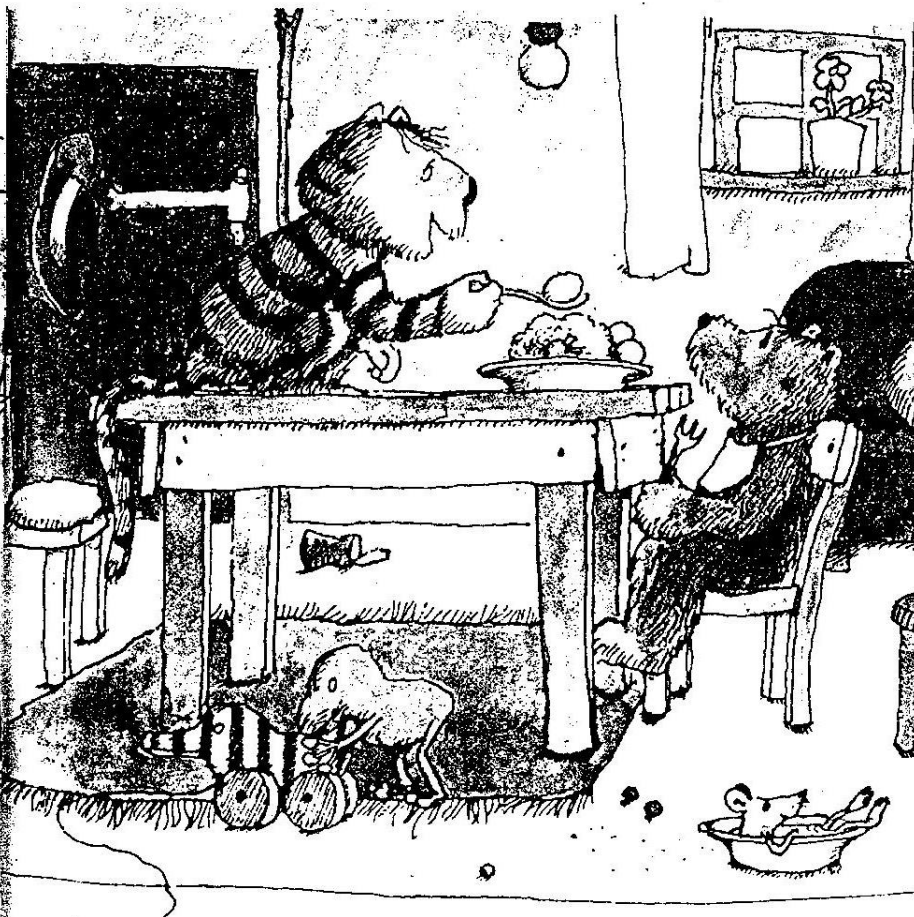
Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en
todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación de información, en
ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotocópico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso pre-
vio por escrito de la Editorial.



ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL



Una vez había estado pescando el osito todo el día en el río, pero no había pescado ni un solo pez. El balde vacío, los huesos doloridos y ningún asado en la olla. Va a tener hambre su amigo el pequeño tigre.



—Hoy no hay pescado, tigre —dijo el osito—, porque no he pescado nada. Entonces cocinó coliflor de la huerta. Con papas, sal y algo de mantequilla.

—¿Sabes cuál sería la mayor felicidad del mundo?
 —dijo el pequeño tigre—. La riqueza.
 Entonces me habrías podido comprar hoy dos truchas.
 Pues las truchas son mi comida preferida. Hrrm...
 —¡Oh, sí, truchas! —gritó el osito,
 ya que las truchas eran su sueño de pescador.
 Pero nunca había conseguido pescar ninguna
 porque las truchas no son tontas.
 No se dejan pescar tan fácilmente.
 —¡Asadas en buena manteca con orégano
 y almendras!, ¿eh? —exclamó el pequeño tigre,
 y dio saltos de alegría por la habitación.
 —Y de postre —dijo el osito—
 pastel de almendras.
 —¡Oh, pas-tel cu-bier-to de al-men-dras!
 —chilló el pequeño tigre—.
 Se me hace agua la boca cuando lo oigo.
 —Y mañana —dijo el osito— me compraría
 inmediatamente un bote inflable.
 Porque lo necesito.
 —¡No, no! —exclamó el pequeño tigre—.
 Primero, necesito un balancín.
 Porque mi hamaca cruje siempre de una manera
 que ya no lo soporto más, es cierto.
 Me voy a volver loco con ella.



Y además quería el pequeño tigre una gorra
 de corredor de coches con correa.
 Y una lámpara roja sobre la cama y botas de piei.
 —Y nos hacemos unos elegantes trajes de verano
 —dijo el osito—,
 y vamos a bailar al baile de los cazadores.
 A bailar un tango sobre la pista.
 —¡Oh, sí, tigre, eso sería fabuloso!
 —Veri —dijo el pequeño tigre—,
 vamos a buscar un tesoro.
 Al día siguiente fue el pequeño tigre al bosque
 a buscar hongos. Los vendieron en el mercado.
 Con el dinero compraron una cuerda fuerte
 y una nueva pala y dos baldes,
 ya que se necesita esto para buscar un tesoro.

Primera pala: tierra. Segunda pala: tierra.
El agujero: un metro de hondo.
El agujero: siete metros de hondo, y todavía
no ha aparecido el cofre con oro y dinero.



Haciendo esto despertaron al topo feliz.
Había estado durmiendo allí y vino,
golpeó el montón de arena y exclamó:
—¡Eh! ¿Hay alguien cavando ahí en lo hondo de la
tierra? —Es que él no podía ver. Estaba ciego.



Pues vivía generalmente bajo tierra, donde nunca
llegaba la luz. Y donde no llega la luz
se le olvida a uno ver.

—Sí, sí —dijo el pequeño tigre—,
abajo cava el oso y yo estoy aquí arriba.
Estamos buscando la mayor felicidad
de la tierra, ¿sabes?

—¡Ah!, la mayor felicidad de la tierra
—exclamó el topo—. Sé lo que es.
No está ahí abajo.

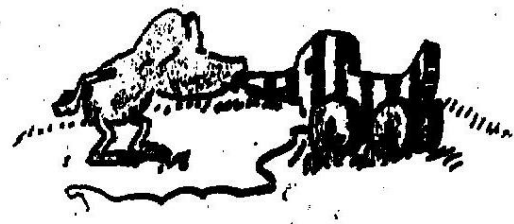
Porque es el oír bien. Yo puedo oír bien.

¿Oyen al ruiseñor, amigos, cómo canta?
¿No es bonito?

—¡No, no! —exclamó el pequeño tigre—.
Nosotros buscamos un cofre con oro y dinero.

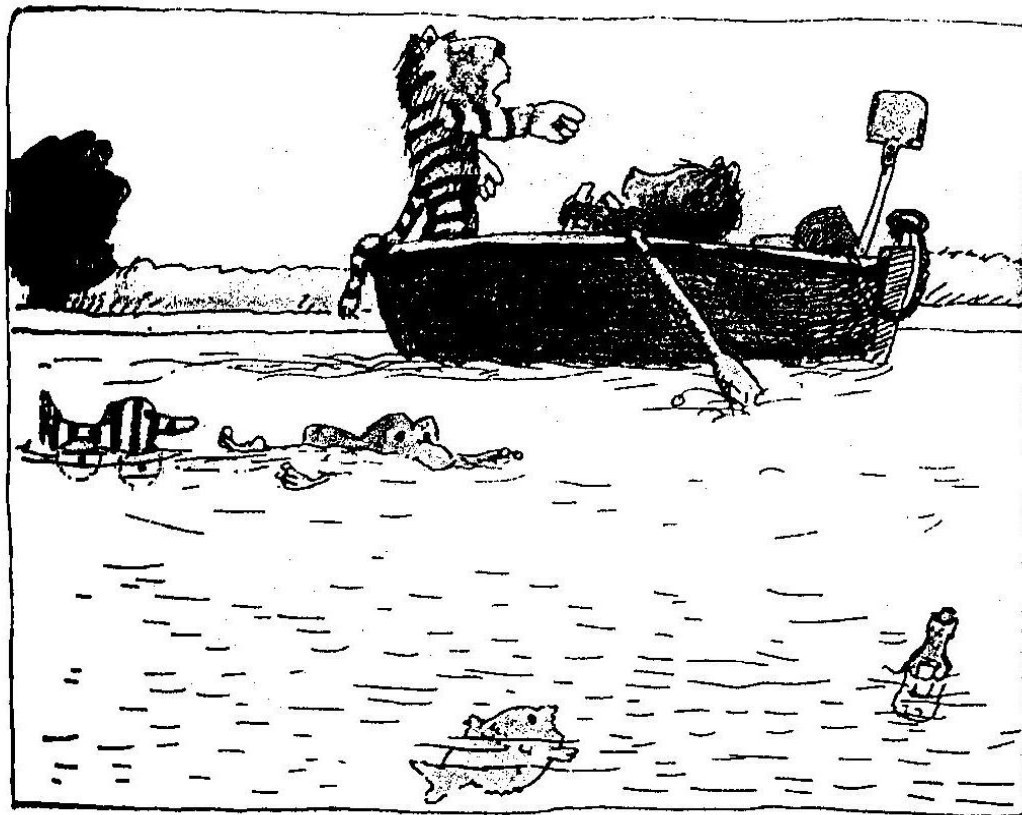
—¡Ah!, eso —dijo el topo feliz—.
Eso tampoco está ahí abajo.

Conozco la tierra abajo
tan bien como el bolsillo de mi chaqueta.
En este lado del río
no hay un cofre bajo tierra.



Entonces dejaron de cavar allí los dos y se fueron remando con su barca a través del río.

—¡Tienes que ir más a la derecha! —grita el pequeño tigre—, si no, nos atascaremos en un banco de arena.



—¿Sabes en lo que pienso, tigre?

—pregunta el osito—.

En bonitos zapatos de charol.

Me podría comprar para mi traje de verano unos bonitos zapatos de charol.

Con cordones blancos. Sería bonito.

—¡Eh, pequeño osito y pequeño tigre!

—grita el pez en el agua—,

por ahí flota un mensaje en una botella.

En la botella hay un papel.

En el papel hay un mapa

y en el mapa una isla con una gruta pirata.

Allí hay un tesoro de los piratas,
que ustedes se pueden llevar.

¡Tomen la botella, vamos!

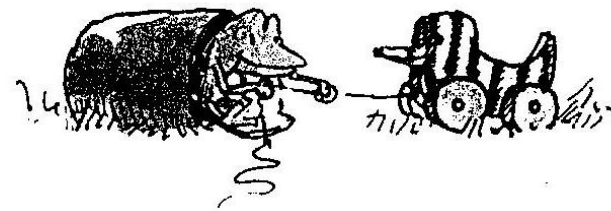
¡Tomen la botella ya, rápido!

Demasiado tarde. La botella ha pasado ya flotando. Adiós, riqueza.

—Sí, sí —dice el pez—,

así de rápido pasa flotando la suerte,
pequeños tontos.

Porque no escuchan lo que digo.



En la otra orilla del río empezó ahora a cavar el pequeño tigre. Una vez el oso y una vez el tigre. Primera pala: tierra. Segunda pala: tierra. Cuando sacaron la quinta pala de tierra vino el león del pantalón azul.

—¿Qué hacen ahí, chicos? —preguntó.

—Estamos buscando un tesoro

—dijo el pequeño tigre—. ¿Quieres que te digamos cuál es la mayor felicidad del mundo?

—Eso ya lo sé —dijo el león del pantalón azul—. Es la fuerza y el valor.

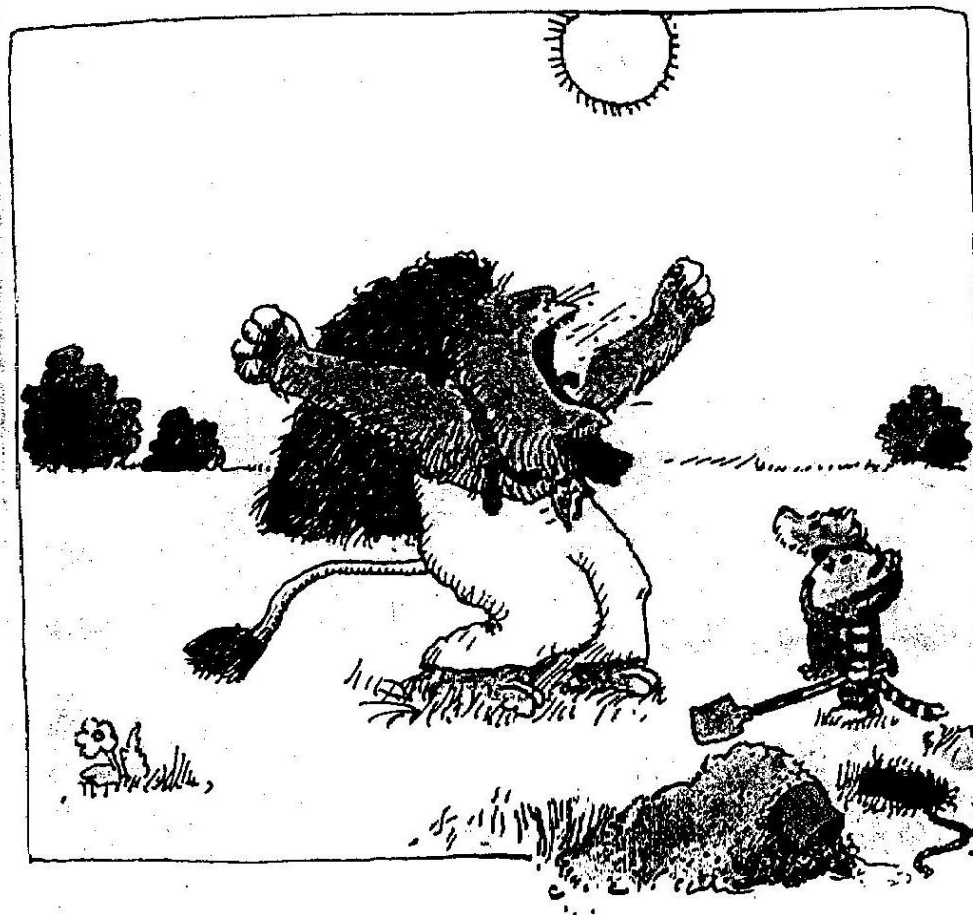
¿Quieren que ruja con valor, eh?

Y entonces rugió tan fuerte que en todo el bosque espeso todavía temblaban las hojas de los árboles tres horas después. Por la presión del aire.



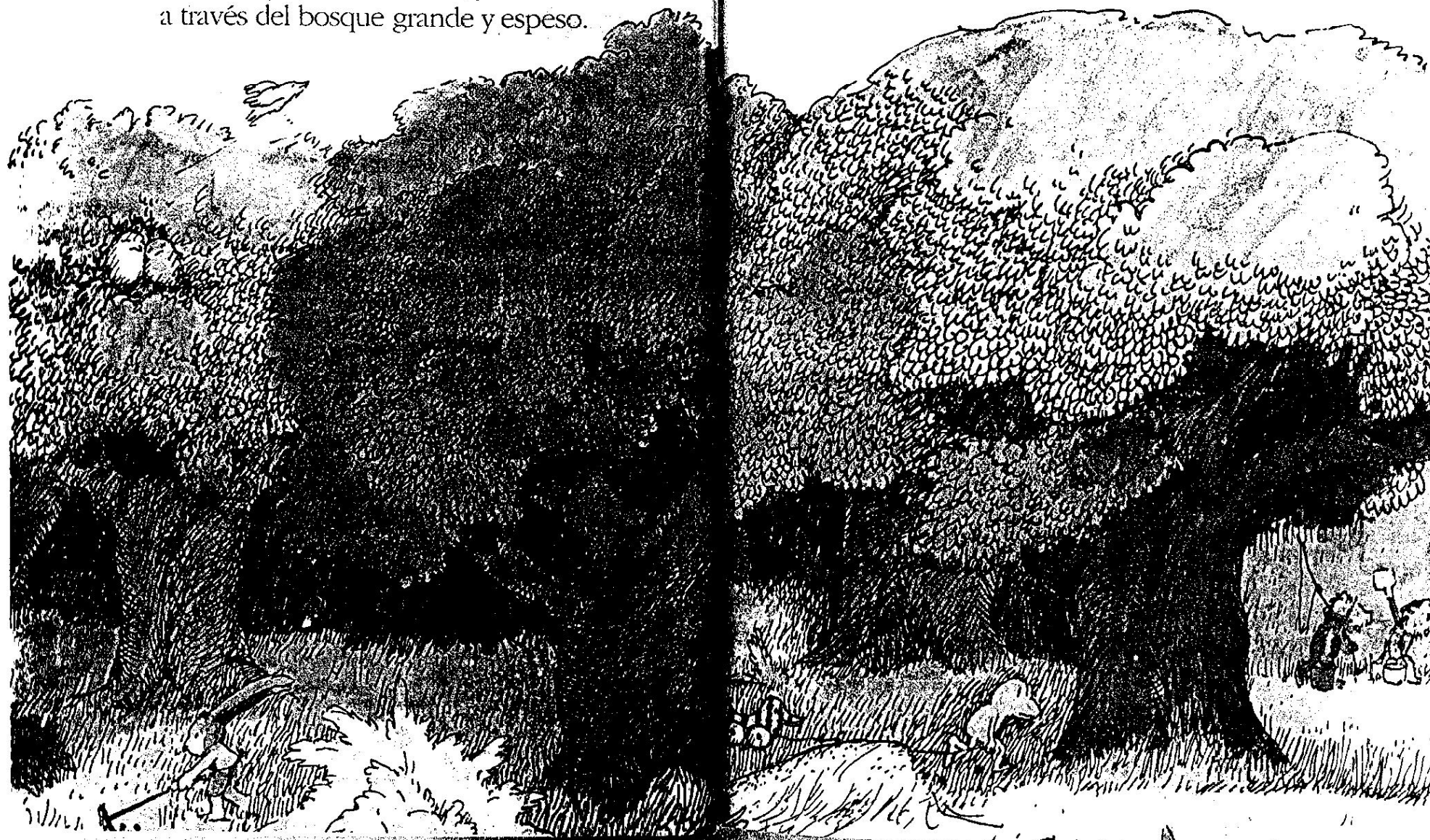
—¡No, no! —exclamó el osito—. Buscamos un tesoro. Un cofre con dinero y oro.

—¡Ah, eso! —gruñó el león del pantalón azul—.

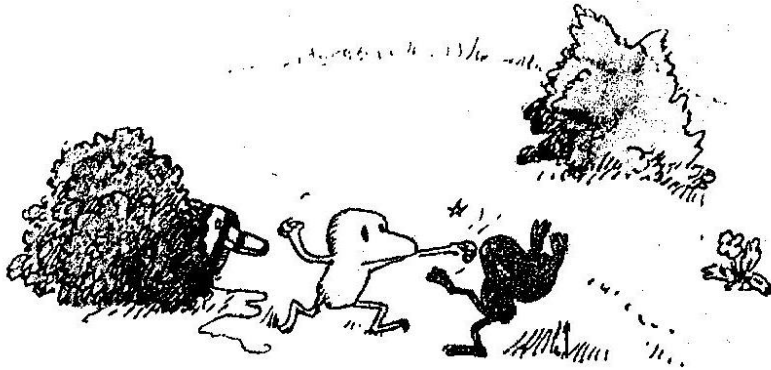


Aquí no hay tesoros. Conozco muy bien todo lo que hay hasta el **bosque grande** y espeso. Y tesoros no hay.

Entonces dejaron de cavar y fueron
a través del bosque grande y espeso.



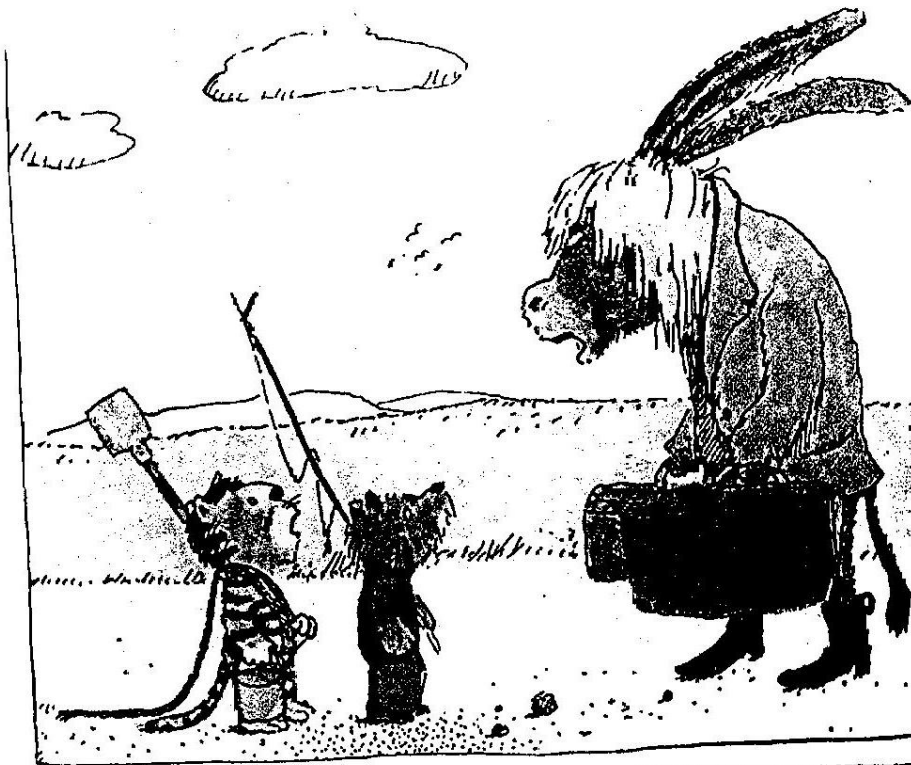
Cinco horas a pie. Pasaron mucho miedo.
 —¿No te has olvidado tu caña de pescar, osito?
 —No, no —dijo el osito—, la tengo siempre
 y en todas partes conmigo, a donde voy y estoy.
 —Bueno, entonces está bien.
 Al otro lado del bosque grande y espeso
 empezó el osito de nuevo a cavar.
 Una vez el oso y una vez el tigre.
 —Oioioioioioiggoigogokgok...
 —cacareó la gallina loca—. ¿Qué hacen ahíiii, niños?
 —Estamos buscando un tesoro
 —dijo el osito—. Dinero.
 —Oh, dinero, dinero —cacareó la gallina loca—.
 El dinero no está debajo de la tierra.
 Mi granjero dice siempre que el dinero se encuentra
 por el camino, y mi granjero
 verdaderamente no es tonto,
 si no, no tendría pollos tan bonitos como yo.



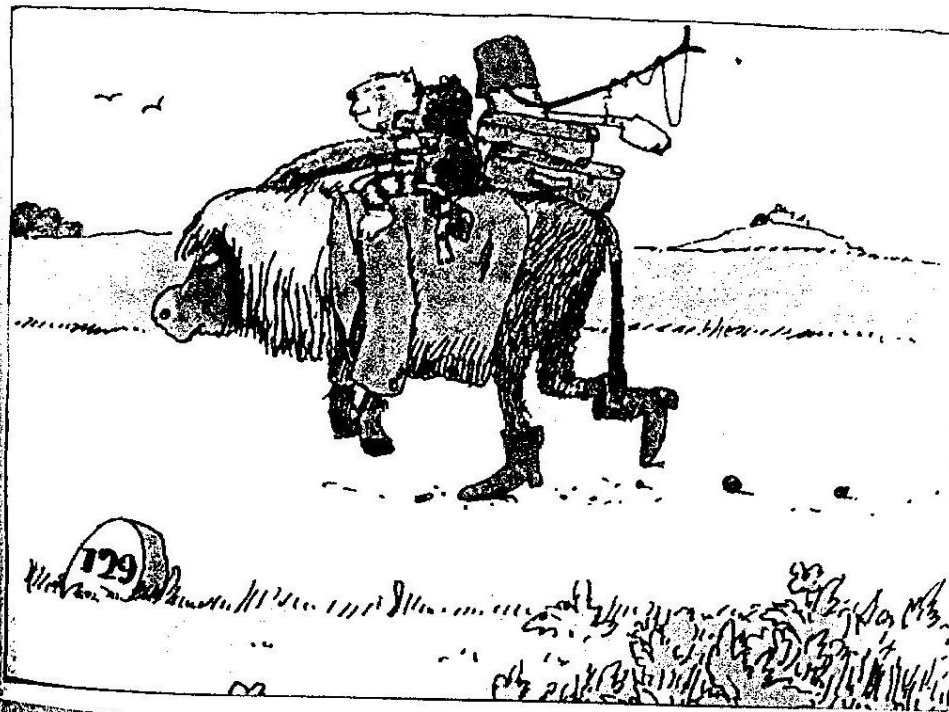
¿O no? ¿Qué les parece mi fabuloso sombrero?
 ¿No es atrevido?
 Y se marchó volando.
 —¿Por el camino? —dijo el pequeño tigre.



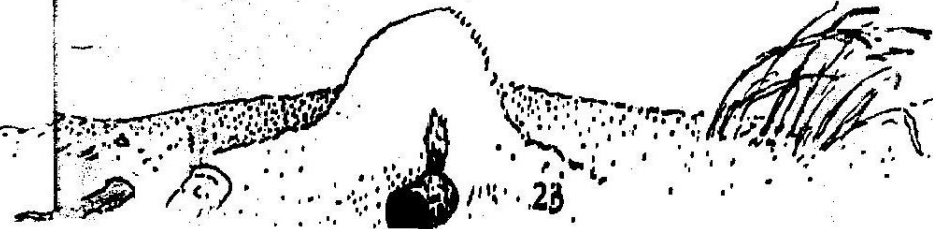
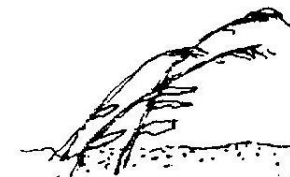
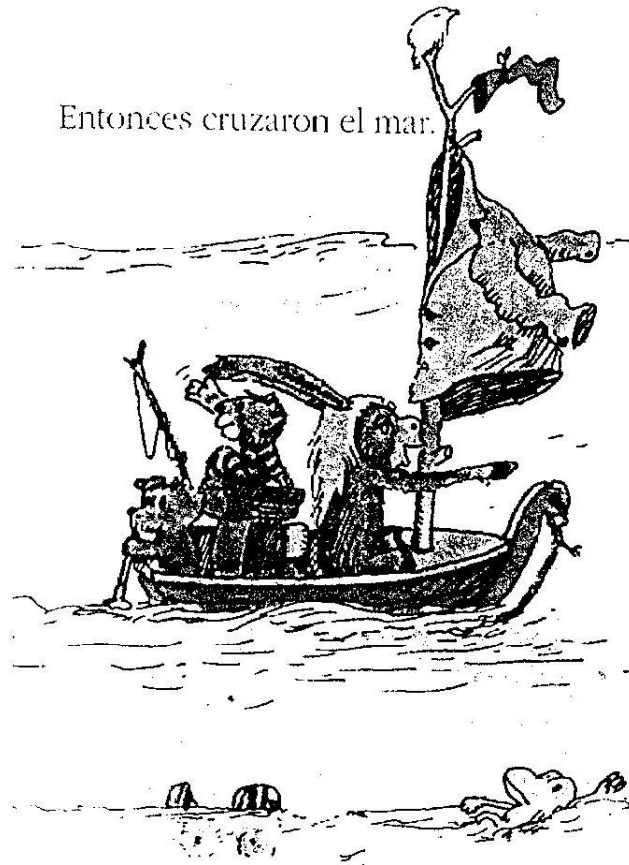
—Ven, vamos entonces al camino,
no tendremos que cavar tanto.
En el camino encontraron al asno viajero Mallorca.
—Qué, ¿a dónde van, pequeños animalitos?
—Estamos buscando la mayor felicidad del mundo
—dijo el pequeño tigre.
—Oh, pues, tienen suerte
—dijo el asno viajero Mallorca—.

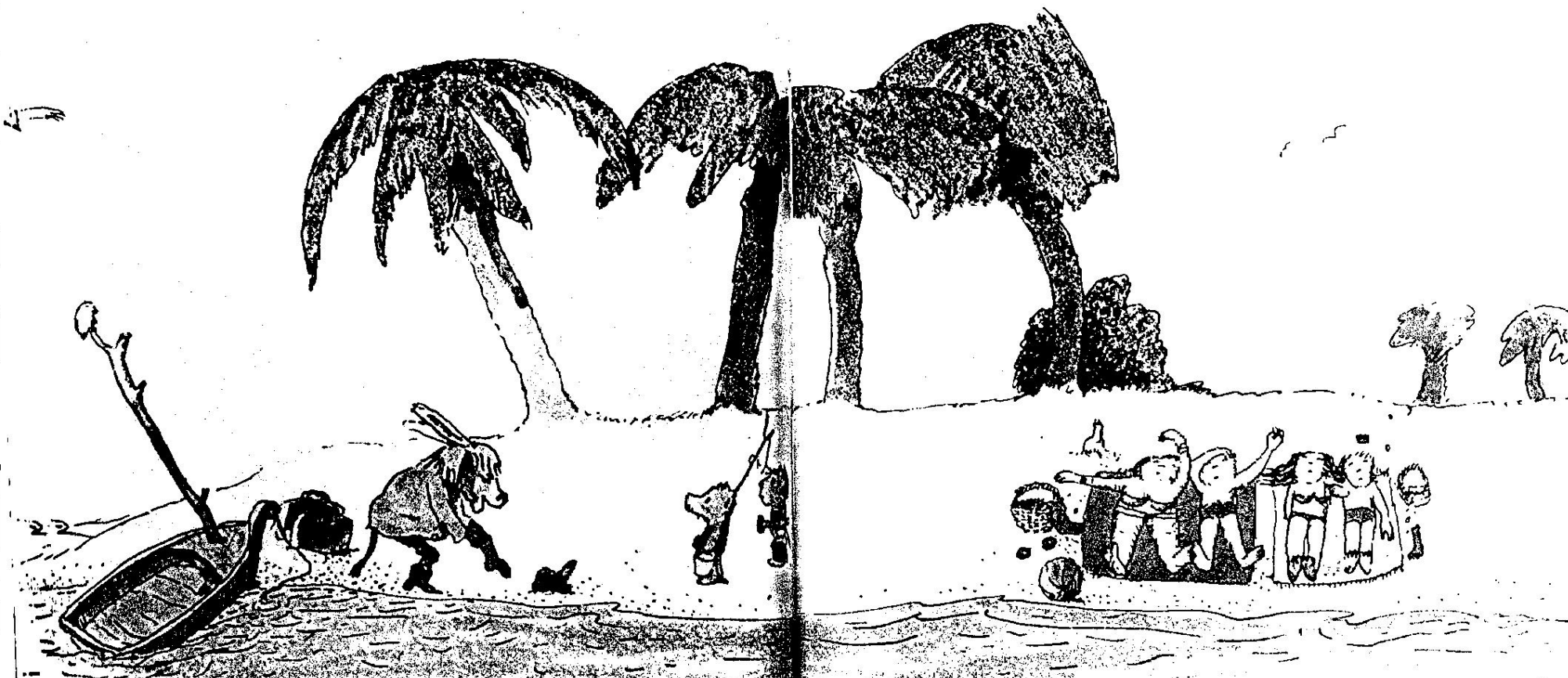


Porque eso lo estoy buscando yo también.
Y yo sé dónde está. Está lejos. Pueden venir conmigo,
yo también estoy en camino hacia allí.
Durante el camino le dolieron
los pies al osito. De andar.
—Llévenos un poco —dijo al asno viajero Mallorca—.
Los asnos tienen que llevar a los niños
Y nosotros somos todavía niños, ¿verdad, tigre?



Entonces cruzaron el mar.



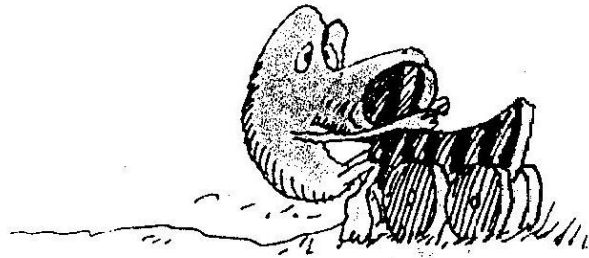


Cuando llegaron a tierra, el asno viajero Mallorca tomó de nuevo sus maletas y continuó viajando. Porque lejos no es nunca donde uno está. —¿Sabes una cosa? —dijo el osito—, vamos a buscar el tesoro en el mar. Los tesoros piratas

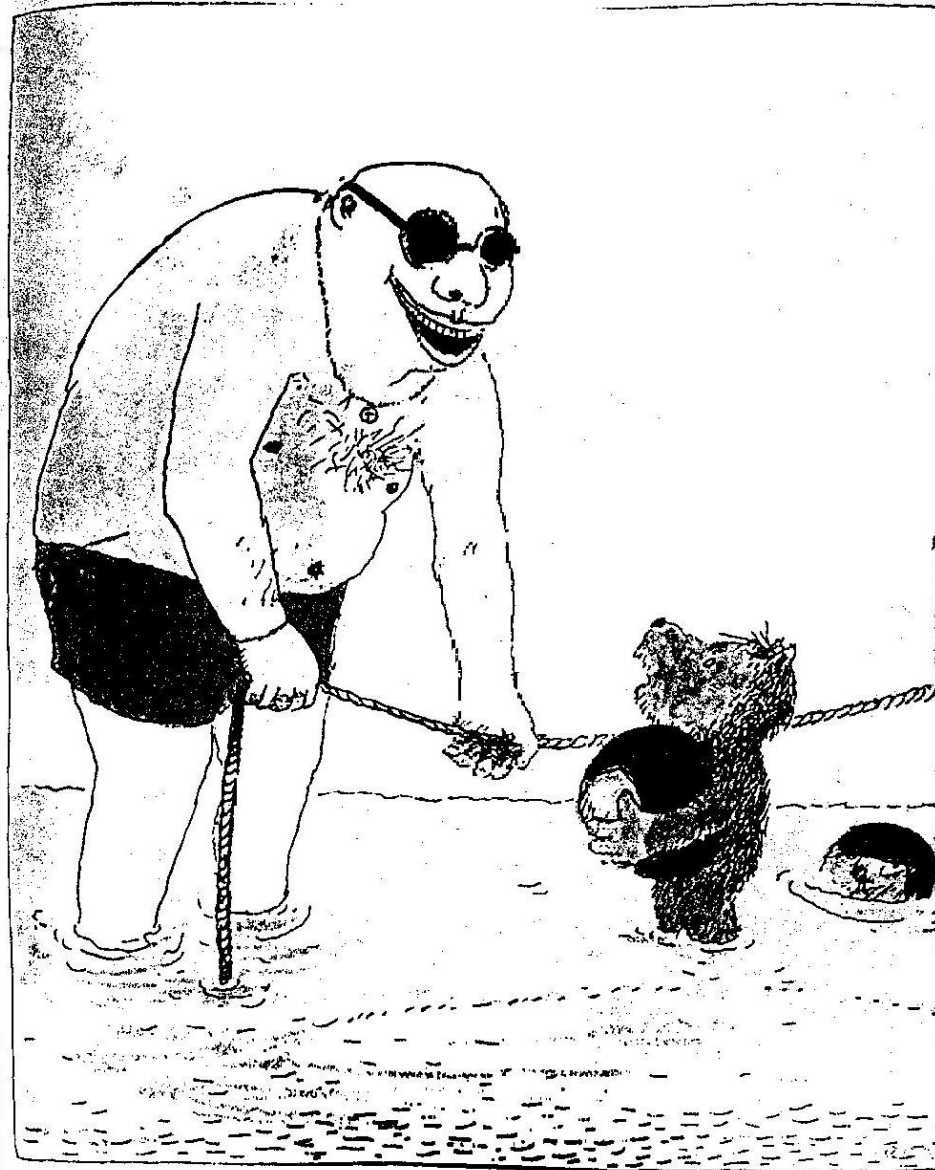
están siempre hundidos en el fondo del mar. El osito fue a pescar peces. Los vendieron en el mercado del pescado. Con el dinero se compraron dos escafandras y aparatos de oxígeno. Para bucear.



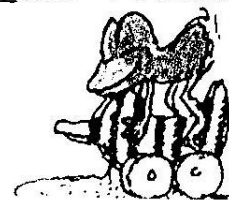
Pero allí tampoco encontraron ningún tesoro.
Ni cofre, ni oro, ni dinero.
Y cuando volvieron a salir del mar
se reía el hombre gordo
con la lancha a motor sujeta de la cuerda:
—Qué, niños. ¿Han estado buscando
un tesoro ahí abajo, eh?

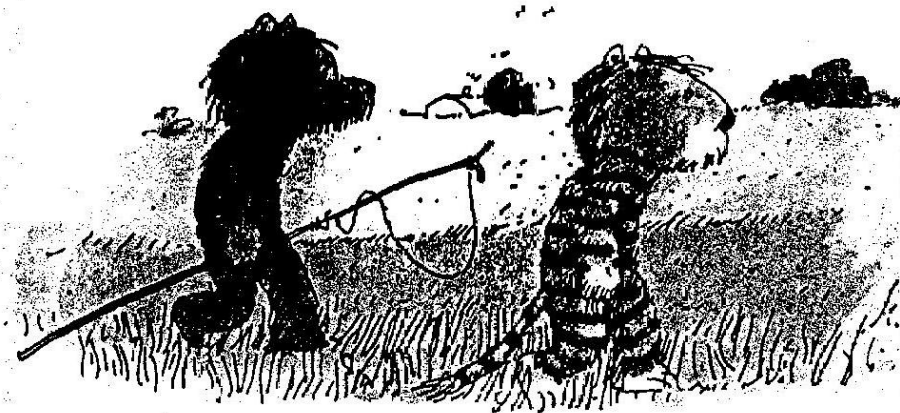
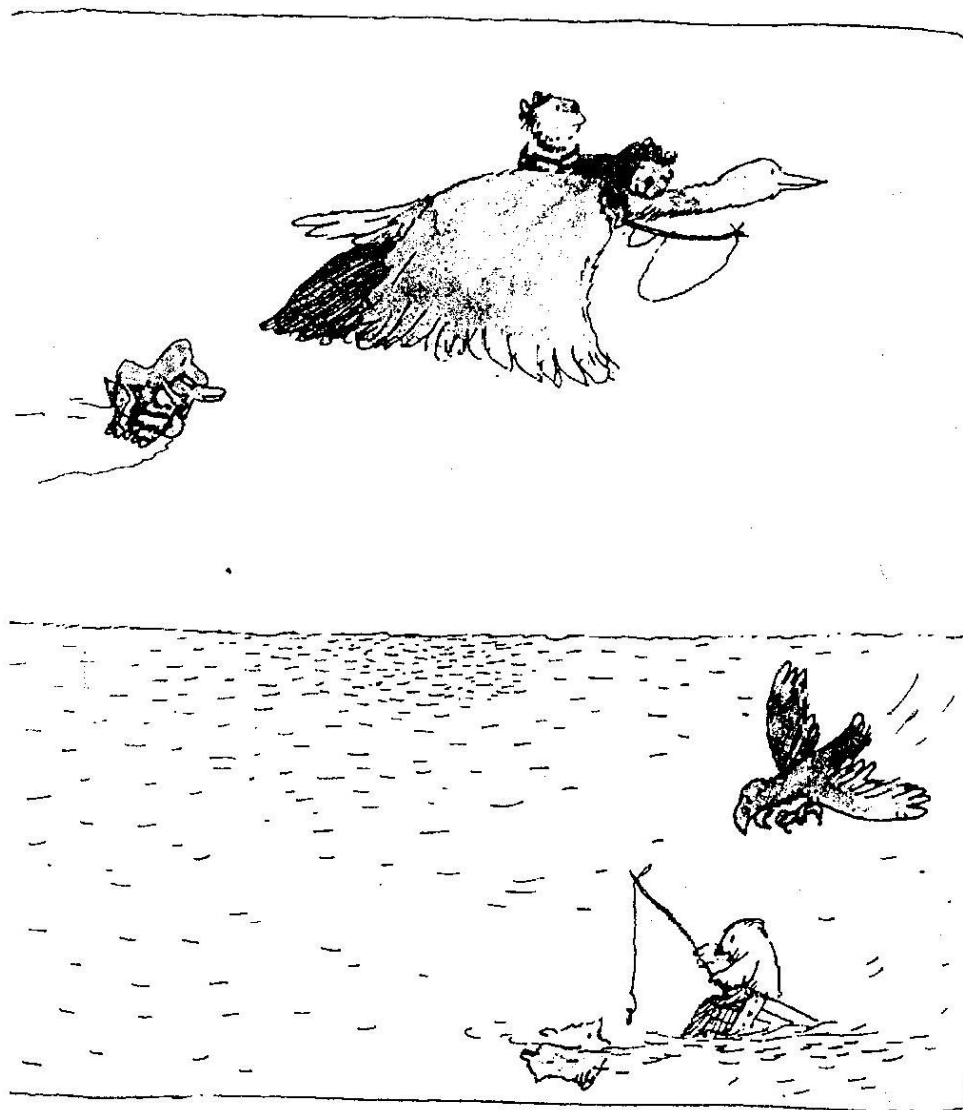


—Sí —dijo el osito—,
porque el tigre y yo necesitamos...
—Ja, ja, pues pueden buscar
todo lo que quieran, niños
—rió el hombre gordo de la lancha a motor—.
Ahí no encontrarán ni una almeja muerta.
Ya lo hemos arrasado todo.
Pequeños infelices...



Ay, el mundo estaba de repente tan vacío
y el mar tan frío y profundo.
Y la casita a la orilla del río tan lejos...





Y si no hubiera venido la gran grulla
y no les hubiera llevado sobre el mar
habrían perecido.

—¿Por qué vas tan encorvado, tigre?

—preguntó el osito.

—Porque soy muy desgraciado

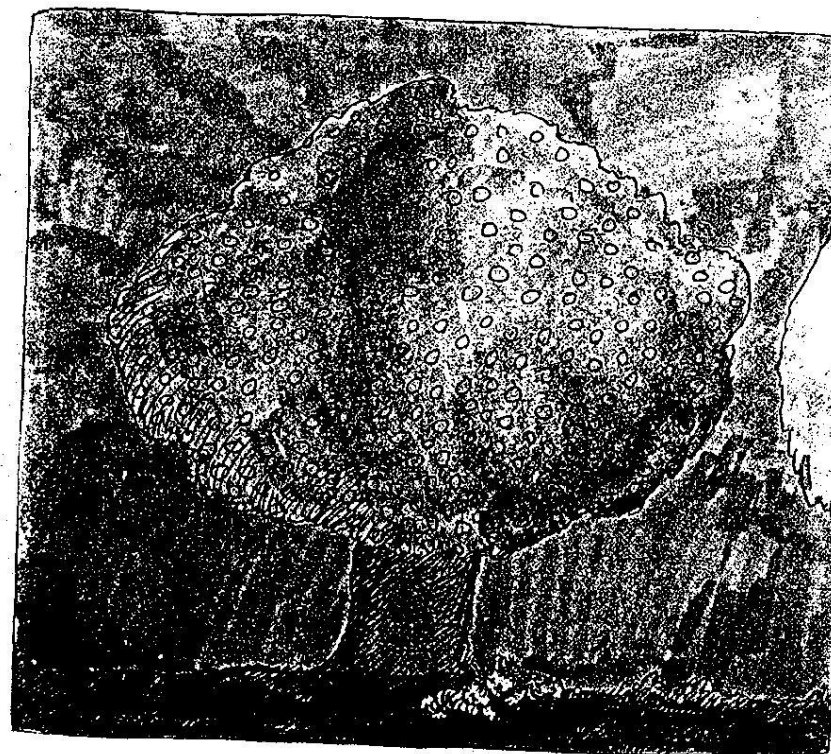
—dijo el pequeño tigre—.

Porque no hemos encontrado ningún tesoro.

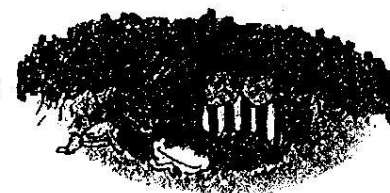


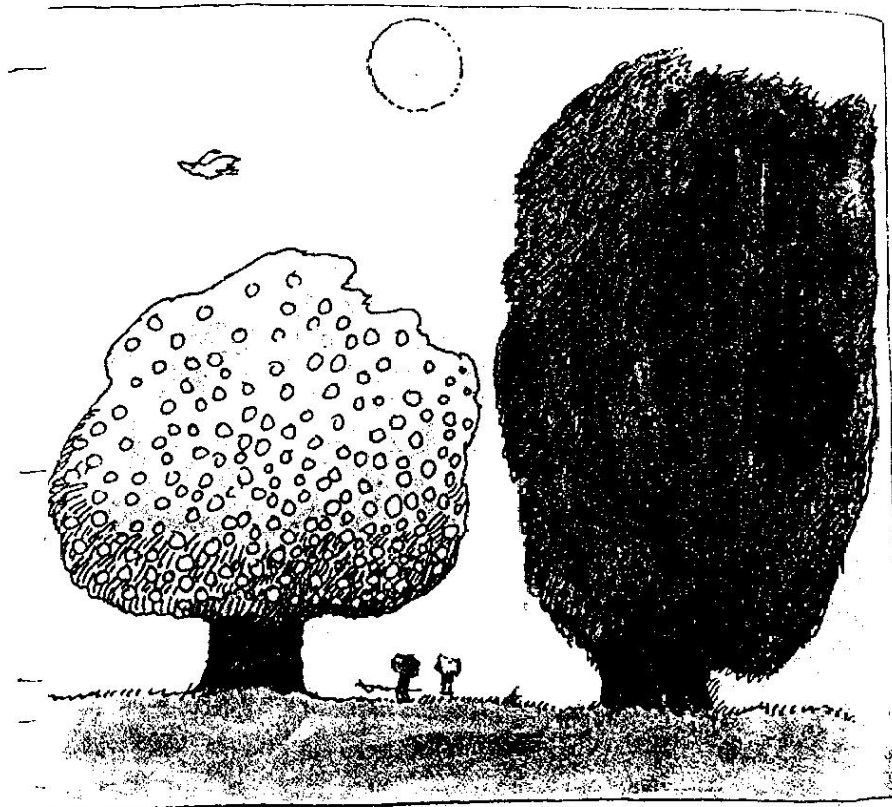


—Entonces, monta —dijo el osito—
te llevaré un rato.
—¿Por qué vas tan encorvado?
—preguntó el pequeño tigre.
—Porque pesas mucho —dijo el osito.
—Entonces detente y yo te llevaré ahora un rato.
Luego llevó el osito de nuevo al tigre
y luego otra vez el tigre al osito.
Una vez cada uno hasta que se hizo de noche.

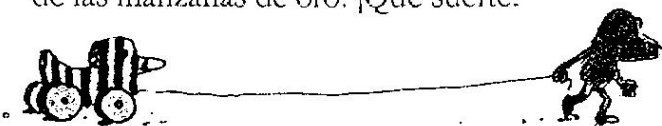


Por la noche durmieron
debajo de un gran árbol
porque estaban cansados
del largo camino.

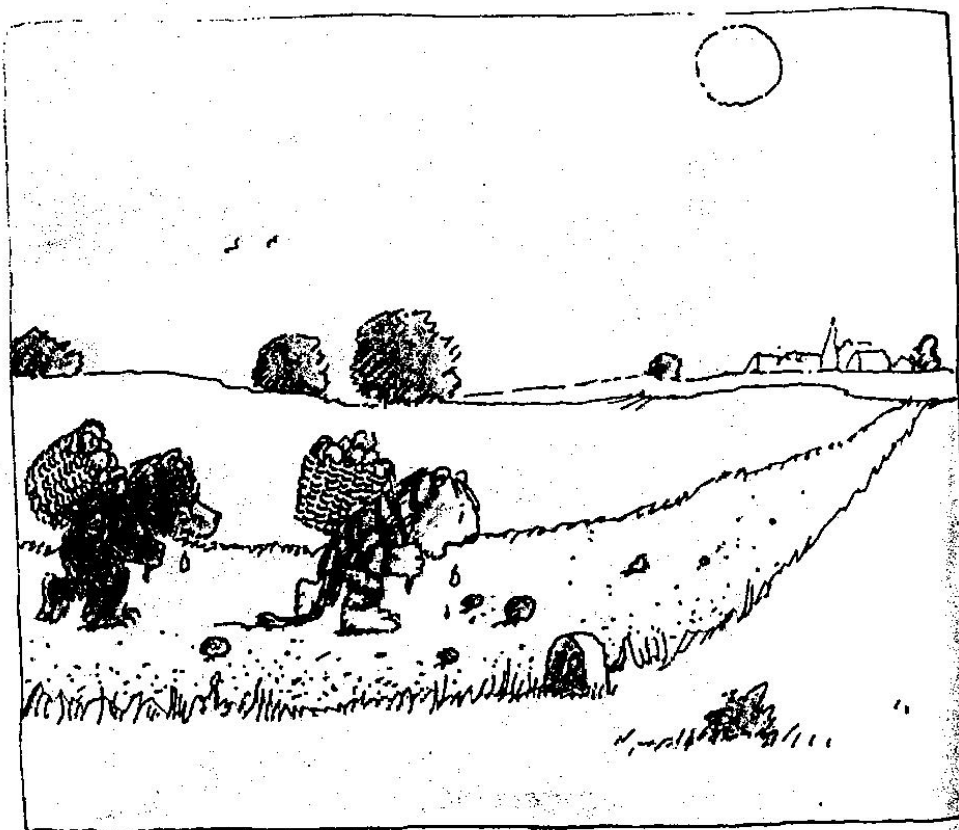




Cuando se despertaron al día siguiente
vieron que habían dormido debajo del árbol
de las manzanas de oro. ¡Qué suerte!



—Sí, sí—dijo el viejo búho
que también era un árbol—, así son las cosas.
Van de un lado a otro y buscan el oro debajo,
y ¿dónde lo encuentran? Arriba.
Todo es generalmente distinto de lo que se piensa.
Exactamente al revés.
El pequeño tigre hizo
inmediatamente dos cestos.
El osito trepó inmediatamente al gran árbol.
Llenaron los cestos con manzanas de oro.
Hasta arriba. Pesaban mucho.



—Ya voy totalmente encorvado —dijo el pequeño tigre—, porque mi cesto es muy pesado.
¿Me podrías volver a llevar un rato?
Pero eso no podía ser porque el osito llevaba además un cesto. Sólo se puede llevar una cosa: o el cesto con dinero o el mejor amigo.

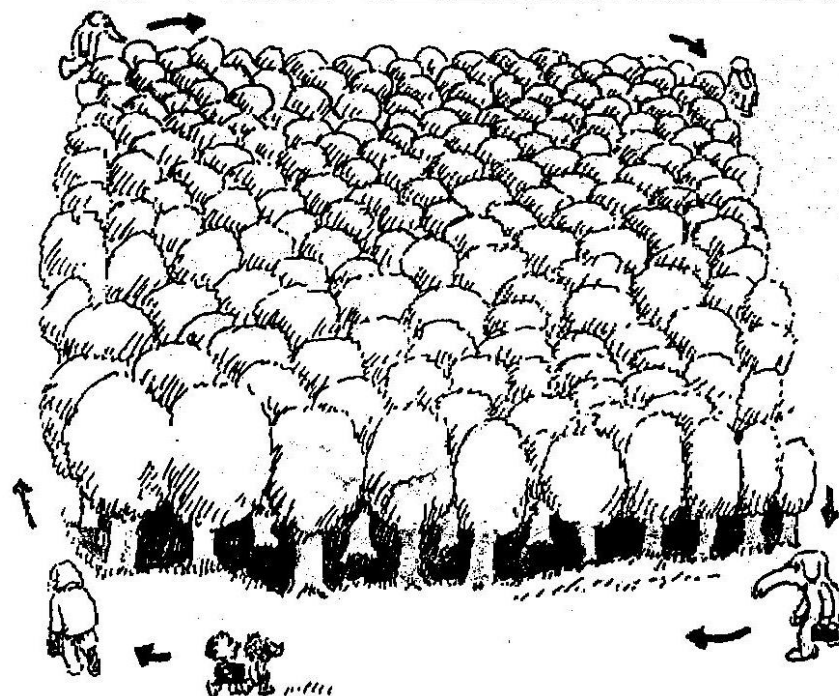
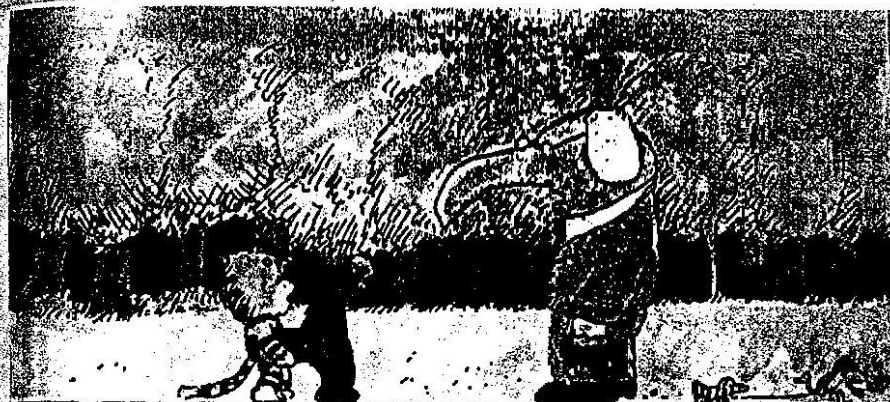
—¿Sabes? —dijo el osito—, cambiaremos el oro por dinero en la ciudad.
El dinero está hecho de papel y es fácil de llevar.
Y somos igual de ricos.
En la ciudad fueron al banco.
Allí había un hombre amable que contó las manzanas de oro y dijo:
—Ochocientas. Exactamente ochocientas.
Ochocientos es el doble de cuatrocientos.
Así que reciben cuatrocientos.
—¡Oh, el doble! —exclamó el pequeño tigre—, a partir de ahora vamos a tener siempre suerte, oso.
¿Ver? Ahora tenemos exactamente el doble.
¿No es una maravilla?
El dinero no era pesado.
No era más que una bolsa llena, que podían llevar entre los dos, y tenían cada uno una mano libre para juntar frutas.



Junto a un bosque se les acercó un hombre.
 —Soy un recaudador del rey —dijo—,
 y según se ha oído decir, ustedes tienen dinero.
 La mitad de todo el dinero es siempre del rey.
 Así es la ley. Por ello el rey
 los protege del bandido Cortabolsas
 y se ocupa de ustedes en la necesidad.
 Le tuvieron que dar la mitad
 y el hombre corrió de prisa alrededor del bosque
 y salió de nuevo a su encuentro.
 —Ah, nos conocemos —dijo amablemente—.
 Tienen dinero, como ya sabemos.
 Y la mitad del dinero
 pertenece siempre al rey; así dice la ley.
 A cambio los protege
 del bandido Cortabolsas y etcétera.
 Esto lo hizo tres veces.
 ¿Y cuánto les quedó entonces?
 ¿A ver? ¿Quién sabe calcular?

(Puedes escribir la cifra con lápiz ahí arriba.)

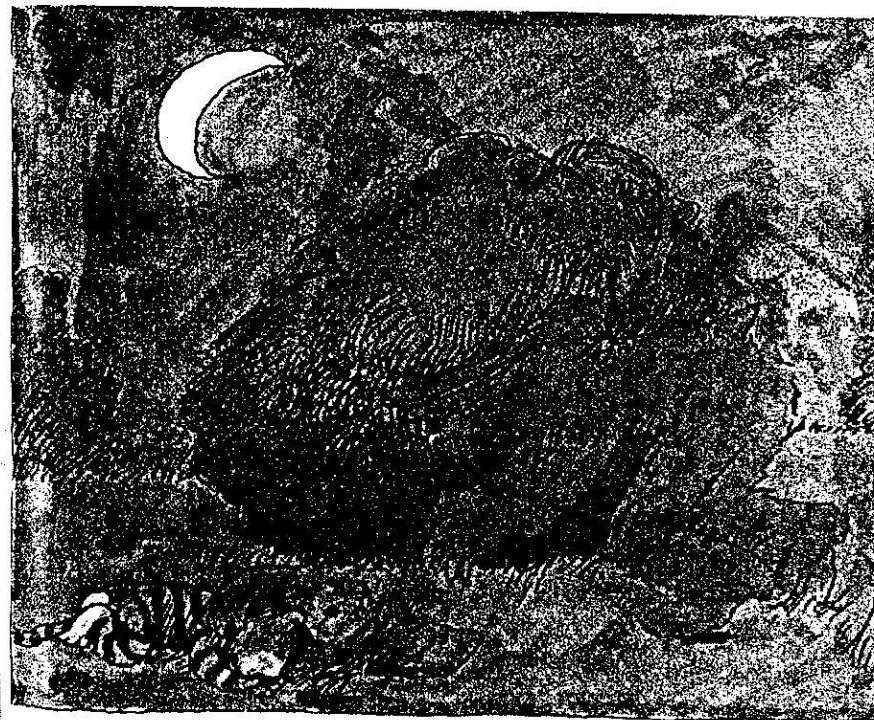
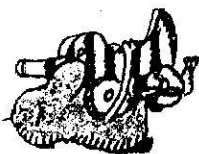
—Lástima —dijo el pequeño tigre—,
 tu parte se ha esfumado, oso.
 —¡Mi parte! —exclamó el osito—.
 ¿Por qué mi parte? ¡Tu parte!



Y el pequeño tigre llamó al osito sucio bribón
y se siguieron insultando hasta que se pegaron.



—Oh, pobres tontos —dijo el verderón
en la hierba—. Está pegando cada uno
a su mejor amigo y sólo por dinero.
Mañana vendrá el recaudador del rey.
Entonces no tendrán nada.
Ni siquiera un amigo
¡Oh, cabezas de chorlito!



Por la noche se volvieron a llevar bien
porque solos tenían miedo. Y mientras dormían
vino el ladrón Cortabolsas y les robó el resto.
—¡Eh, maldito ladrón! ¿No sabes que el rey
protege a todo el que ha pagado?
Entonces el ladrón Cortabolsas
rió a carcajada limpia. Dijo:

—¿El rey? ¿Proteger? Ese duerme lejos en su cama.
¡Cómo va a proteger a alguien! Jajaja...
Y desapareció en el bosque para no volver
a ser visto nunca. Ahora volvían el pequeño osito
y el pequeño tigre a no tener nada.

—¿Por qué vas tan encorvado, tigre?

—preguntó el osito.

—¡Soy tan desgraciado, oso...!

—Entonces monta, te llevaré un rato.

Luego llevó de nuevo el tigre al osito

y después el osito otra vez al pequeño tigre.

Ni más peleas ni más palos.

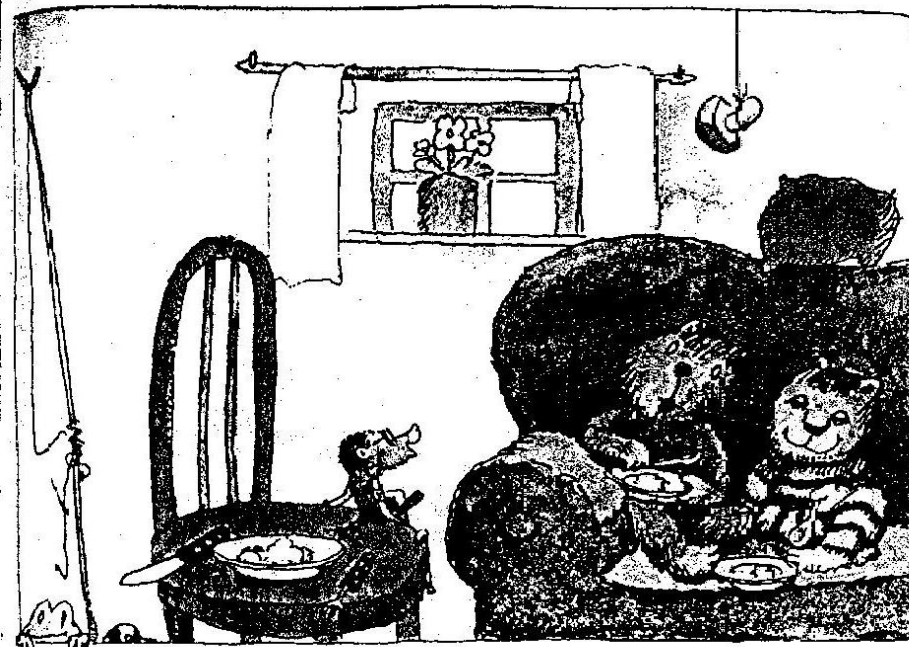
Ni cesto que les apretara fuerte los hombros
ni recaudador del rey que les quitara la mitad.

—Oh, tigre, es bonita la vida

—dijo el osito cuando el pequeño tigre le llevaba.

Durante la noche durmieron en el campo,

no necesitaron ningún árbol debajo del que tumbarse
y el ladrón Cortabolsas ya no les podía robar nada.



Cuando llegaron a casa el topo dormía feliz
en el sofá. Se había guarecido de la lluvia.

—Quédate con nosotros —dijo el pequeño tigre—,
el oso sabe cocinar tan bien
que siempre lloramos de alegría; es cierto.

Y el topo feliz se quedó. El osito cocinó
una coliflor del huerto. Con papas y sal.

—Mañana a lo mejor hay hongos

—dijo el pequeño tigre—, ¿no se alegran ya?

—¡Sí! —exclamó el osito—,
y si no encuentras ninguna, yo pesco un pez.
Y si no pesco ninguno, tendremos coliflor.
Como al día siguiente el sol brillaba tanto
no fue el pequeño tigre a buscar hongos.
El osito no quiso pescar ningún pez
y hubo coliflor con papas y sal.
—Escuchen —dijo el topo feliz—.
El ruiseñor canta. ¿Bonito, eh?
Y escucharon el canto.
El sol brillaba sobre el prado.
Las abejas zumbaban
y la coliflor había estado tan rica...
Hmm... ¡Oh, qué felicidad más grande!
De verdad.



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2009,
en los talleres de CyC Impresores Ltda.,
ubicados en San Francisco 1434,
Santiago de Chile.